





LA SEMANA

Sangriento epílogo han tenido las elecciones para diputados á Cortes: siete ú ocho muertos y docenas de heridos en Infesto han venido á aumentar la fúnebre lista de desventurados seres que han pagado con la vida las flamantes prácticas conservadoras en Vigo, Salamanca, Madrid, y digamos ahora *etcétera*.

Semejante situación nos aísla del resto de Europa para colocarnos bajo el nivel del Riff. ¡Satisfechos pueden estar los que con sus órdenes inhumanas han motivado ese horrible derramamiento de sangre.

Al mismo tiempo déjansen sentir sordos rumores de cólera en multitud de poblaciones, ya por cuestiones de consumos, ya por falta de trabajo.

Grima da pensar en lo atrasado que estamos en todo. Mantener los consumos era ya de por sí una iniquidad, pues es una contribución que perjudica exclusivamente á las clases proletarias, pero aumentar las tarifas de la manera brutal que han hecho algunos ayuntamientos es provocar á la muchedumbre, que si antes podía comer apenas, menos podrá comer ahora. Y sin embargo, todos los economistas de verdad están conformes en que la causa única de nuestra degeneración es el *hambre*; un hambre tradicional, de siglos; cantada por Quevedo y elevada á la categoría de *Musa* por Ventura de la Vega.

El pueblo se irrita con razón al ver que se le despelleja, se le estruja, se le agarrota, para, al fin y al cabo, no tocar resultado alguno de tantos sacrificios como se le imponen. ¿Qué se hace del dinero que ingresa en los ayuntamientos? ¿qué inversión tienen los millones de pesetas que van á parar á las arcas del Estado? ¡Ni Edipo sería capaz de descifrar semejante enigma!

Hablemos ya de cosas más amenas.

Ha sido elevado á la dignidad de almirante de la armada española el Sr. Beranger.

Nos parece una elección oportunísima, como nos hubiera parecido lo mismo la de los señores Cervera, Pasquin, Auñón, Cámara ó Montojo.

Ha terminado el Congreso Internacional de Medicina, y á Dios Gracias, por lo que sabemos según los periódicos, hemos quedado bastante bien, y mucho mejor de lo que era de esperar. Por lo menos, algunos de nuestros sabios han demostrado hallarse á la altura de los más renombrados del extranjero, en cuyo concepto merecen especial mención nuestros Ramón y Cajal y el insigne Sanchez Ocaña, sin que afortunadamente hubiese que lamentar ninguna nota disonante.

Es indudable que la presencia en Madrid de esos miles de ilustradísimos y prestigiosos sabios del extranjero influirá, con más ó menos rapidez, en el progreso de la general cultura, aparte del impulso comunicado á las ciencias médicas. Esos congresos, lo mismo que las Exposiciones Universales, son inapreciables propulsores del progreso, aunque por el pronto no se adviertan sus consecuencias.

Dos autores españoles, los señores Sanchez Llana y López Ballesteros han puesto sus manos en la obra maestra del teatro de Shakespeare, encargándose de representarla el actor Sr. Fuentes. La prensa se ha mostrado benévola, pero nos tiemblan las carnes al imaginar la posibilidad de que alguien no vaya á adoptar el *Hamlet* á zarzuela del género chico, transformando en chulo ó cesante ó agente de orden público al Príncipe de Dinamarca.

Todas las señales son de que se prepara una primavera movidita; entre las discusiones de las Cortes que prometen ser *sensacionales*; la agitación popular y las inquietantes idas y venidas de emperadores, reyes y presidentes de República vamos á *distraernos* de una manera prodigiosa, si es que todo no se convierte en agna de cerrañas, cosa que cabe también en lo posible.

Entretanto, disfrutamos en Barcelona de una huelga que reviste los más amenazadores caracteres, como que es cuestión de estómago. Las verduleras y pescadoras se niegan á vender hortalizas y pescados mientras no se suprima el aumento de derechos de consumos con que el Ayuntamiento gravó dichos comestibles. ¿Qué vá á ser de nosotros?

ARGOS



A mi amigo, el escritor extremeño D. Juan González Marques.

Escritores de tanta *enjundia* como Sánchez Neira y Cavia, Sinesio Delgado y Zapata, Zorrilla y Laserna, los hermanos Palacio, Fernández y González... y otros mil, dedicaron en *illo tempore* los inspirados frutos de su *resalado* ingenio á cantar y enaltecer las incomparables proezas de aquel gran torero llamado Rafael Molina Sánchez (a) *Lagartijo*, representación única de la fiesta nacional en la segunda mitad del siglo XIX.

Mucho y bueno se escribió... pero aun queda *el rabo por desollar*...

La tradición refiere considerable número de anécdotas de que fué protagonista nuestro ídem, indubidamente ignoradas por la afición que tan excelentes recuerdos conserva del simpático Rafael I.

Y como es una verdadera necesidad de la época, en que *tan degenerado anda el toreo*... fortalecer los espíritus pusilánimes con *cataplasmas* del tiempo viejo, donde es fama se hallan los caracteres; ofrezco al curioso lector este verídico *chascarrillo*, relacionado con la entereza del que ostentaba el título de Califa.

Era muy joven el autor de estas líneas, cuando tuvo efecto la proeza taurina que á referir voy.

Aproximábase la feria de Almendralejo, importante villa de la región extremeña.

Entre otros espectáculos, no podía faltar el que es alma y vida de toda *juerga* española: los toros.

Almendralejo tuvo y aun tiene el orgullo de contratar los toreros de primera fila, no siendo de extrañar tomara parte en las medias corridas de feria del año de gracia de 18... el prestigioso fundador de una dinastía toda sabiduría y elegancia en la lidia de reses bravas, cual era el inviolable Rafael.

Había elevado á una altura sin ejemplo la fiesta preferida del pueblo y su renombre llegó á la meta de las aspiraciones toreras. Era el mimado de todos los públicos y las empresas por el ruido que se trata, no le dejaba fuera de sus combinas...

Desgraciadamente hoy, á los admiradores de aquella famosa dinastía, no les queda otra cosa que el *compás como á los músicos viejos*: la escuela sevillana ha vuelto á *cortar el bacalao*...

Pero no trato de *disertar sobre cuestión de tanta miga*... reservada á los inteligentes. Mi promesa es tan modesta, que he de salir del atolladero con *literatura tígera, parodiando al género chico*, el más sabroso para nuestras clases sociales en la actualidad.

Declamos ayer... que la empresa del pueblo que vió nacer á Espronceda (así á secas, por no haber sido torero) había contratado á *Lagartijo el auténtico* (el no auténtico estará en estado de canuto) para estoquear los toros de feria...

Y añadiremos, como dato interesante, que la imprenta designada para hacer la tirada de los programas, estampó un grabado en los mismos representando un torero en actitud de poner banderillas en silla, cual pudiera elegir otro asunto cualquiera.

El pueblo con poca luz ante aquella *novedad* se entusiasmó al extremo de no hablar durante los quince días antes de los festejos y en diez leguas de contorno de otra cosa sino de la interesante suerte, prometiéndose una buena tarde con el derroche valeroso del maestro.

Estos comentarios, aumentaron la celebridad de que venía precedido éste, dispersa de antemano por los interesados en el buen éxito del cartel.

Resonaba ya en la plaza, la tarde del 15 de agosto, el formidable grito de la muchedumbre. Ciento de abanicos rojos, verdes y amarillos *aleteaban desesperados* buscando aire donde sobraba fuego.

Sobre un burladero, descansaban los capotes de brega (de los infinitos de su efímera vida) descolgados, manchados de sangre, llenos de polvo, y sobre tanto color alegre, un cielo azul, sin embargo, *altísimo*...

Al fin estalló farioso aplauso; el presidente saludaba; la música quiso armonizar inútilmente el clásico

«Vamos a los toros
vamos sin tardar...»

y salió la cuadrilla llevando a su frente a nuestro héroe con la suprema elegancia que le distinguía entre todos sus colegas.

Un chaparrón de palmas, mudaba de sitio, según avanzaba la brillante *troupe*, en cuyos caireles vertía el sol sus reflejos más vivos...

¿A qué describir una por una las lidias de los tres primeros toros? No es ese el objeto de estos renglones. Baste decir que el público aplaudió a rabiar las excelentísimas filigranas del gran torero, sin embargo de hallarse impaciente, por la tardanza a su entender, en la ejecución de la suerte tan ansiada...

Suena el clarín variando el primer tercio en el cuarto y último toro, y al observar los espectadores que *Lagartijo* no preparaba silla ni palos... se desató en improperios y amenazas...

Aquella masa de carne insultaba y rugía con la espantosa ferocidad de las muchedumbres... Todos pedían banderillas en silla... y Rafael con la *inteligente frialdad* de que estaba dotado en *cuestión de cuernos*, reprochaba el escándalo por extemporáneo; puesto que no pensó en banderillear, ni nadie se lo había pedido y ni el bicho aquel reunía condiciones para el objeto...

La desesperación de los *del Almendral* llegó a su apogeo, y ante la negativa, arrojaron al redondel botellas, naranjas y otros proyectiles, obligando a los *chulos* a tomar los de Villadiego... dejando toro y pueblo *campar por sus respetos*...

El presidente, vista la actitud de sus paisanos... y *conociéndolos*, suplicó a Molina conjurar el conflicto, a lo que accedió éste *profetizando un desaguisado*...

Volvió a la arena, pálido de rabia, y gritó al buró al tiempo de tomar asiento en la silla:

—¡Ja... jiaa...!

¡Fue un encontronazo brutal é inevitable!... torero y accesorios *rodaron como guiñapos*; el bicho les pisoteó... y un capote providencial le apartó del lugar, mientras el público lanzaba el *angustioso grito de cajón, primero, y el silbido estrepitoso después*...

Maltrecho en la caída el *caballero*, como D. Quijote en su aventura de los molinos, se dirigió al presidente y con voz arrogante y sonora, mientras limpiaba su taleguilla, dijo:

—*La curpa me tengo yo, por haber venido a un pueblo a donde se ponen lo zombrero zin tomalze la media.*

Y en efecto, mucho trabajó Almendralejo después, para poder aplaudir al Califa otro año, pero el ineludible no volvió a pisar terruño de hospitalidad tan dudosa...

ABEN-HUD-RAFAEL





Venid y vamos todas
con flores á María...

(CANTINELA MÍSTICO-PEDAGÓGICA-INFANTIL)

Los felices mortales que no disfrutan la vecindad de un colegio de niñas en pleno mes de las flores, no saben lo que es bueno.



Quien tome á empeño conocer en toda su intensidad los efectos que produce en el tímpano esa piadosa y hasta—si se quiere—poética ceremonia, que se venga aquí.

Es decir, á mi casa, que es muy de ustedes y está situada frente á frente de un plantel de mujercitas, que al cantar desentonan deliciosamente y con sus angélicas voces desgarran los conductos auditivos, haciendo trizas la famosa trompa de Eustaquio al incauto vecino que las oye.

Hay quien asegura que tal costumbre ofrece caracteres de sublimidad: no lo niego; siempre es agradable ese cuadro formado por unas cuantas débiles criaturas, que en vísperas de penetrar en el mundo se aprestan al combate de la vida poniéndose bajo el amparo de excelsa protectora.

¿Pero no pudieran hacer lo que hacen sin molestar al prójimo?

¿No pudieran ensayar sus cánticos detenidamente y observar mejor los preceptos de la música?

Con más compás y entonación, lo que hoy es martirizante hasta cierto punto, mañana resultaría grato al oído y emocionante aun para los espíritus más fuertes y refractarios á enternecerse con semejantes costumbres.

Mientras tanto, suframos con paciencia las desafinaciones de esos coros infantiles y Dios mejore sus oídos para bien de los del prójimo, amén.

Hablar ó escribir algo referente al mes de mayo y hacer omisión de la fiesta popular de los madrileños, por excelencia, fuera tanto como ir al museo y volverse sin ver el cuadro de las *Meninas*, las *Concepciones* de Murillo, ó *El pascmo de Sicilia*.

Y meterse á describir la famosa romería cuando tanto se ha dicho y escrito de ella, equivale á verter un vaso de agua en pleno oceano.

El notabilísimo autor de las *Escenas matritenas*.



ses en uno de sus cuadros magistrales dedicado á pintar con vivos colores el tradicional festejo, da

perfecta idea de lo que son en estos párrafos.
 «...Por todas partes era testigo de una animación, de un movimiento imposible de describir; nuevas y nuevas gentes cubrían el camino; multi-



tud de coches de colleras corrían precipitadamente entre los ligeros calesines que volvían vacíos para embarcar nuevos pasajeros; los briosos caballos, las mulas enjazzadas hacían replegar a la multitud de pedestres. Las danzas improvisadas de las manolas y los majos, las disputas y retoces de éstos por quitarse los frasquetes, los puestos humeantes de buñuelos y el continuo paso de carruajes.»



En nada ha variado la esencia de tan llamado festi-
 val. Subsisten las buñolerías al aire libre... irrespirable; los puestos de rosquillas fósiles, los clásicos pitos de cristal y flores de trapo, las figuritas del Santo con sus yuntas respectivas, modeladas en barro; los papás de familia que van con sus pequeñuelos á echar una cana al aire y tornan á casa muy comidos y bebidos, con alguna merluza, ó una indigestión de más y muchos cuartos de menos.

Los galanes deben huir ese día de sus adoradas,

sino están dispuestos á dejarse crucificar en aras del amor.

—Alfredito... ¿me comprarás rosquillas?

—¿Tontas ó de las otras?

—De las dos clases... ¡me muero por las rosquillas!

El galán afortunado, entorna los ojos, lanza un suspiro y compra un cuarto de kilo para los dos.

—¡Ay, que pito tan hermoso!—exclama la niña, mirando á su paciente galanteador sin perder de vista el codiciado *caprichito del Santo cuando era niño*.

—No quiero que sufras por un pito más ó menos... escoje el que más te agrade...

Y la niña, ni corta ni perezosa, se apropia el más lujoso, más grande y... más caro.

Luego el *tío vivo*, el fonógrafo ambulante, los botijos, la fotografía instantánea, el columpio, el piano, la mujer gorda, el *monstruo* de dos cabezas...

¡Pobres novios!

No es cosa muy grata que digamos eso de pasar



una tarde sudando la gota gorda, tragando polvo y quina, aspirando emanaciones sospechosas del sospechoso Manzanera, enfiendo el *tan tan* de las campanas, el *chín chín* de las murgas, el insopor-
 table machaqueo de los pianos, las impertinencias de tal beodo, los insolentes desplantes del chulo, los pisotones, el cansancio y todas las molestias que produce el desenfreno de una multitud que se divierte á lo profano... ¡y tan profano! con pretextos de místicos esparcimientos. Y vean ustedes mi desgracia: no soy partidario de tales festejos, me horrorizan y, como si fuera maldición, todos los años me veo comprometido para concurrir á ellos.

¡Nunca falta un *isidro* que me sacrifique!

¿Saben ustedes lo que es un *isidro*?... ¡Ay, dichoso mil veces quien lo ignore!

No tiene aun—que yo sepa—clasificación en la escala zoológica; pertenece, por derecho propio, á la fauna madrileña y presenta caracteres esenciales que le diferencian de los demás seres de su especie.

Su cualidad distintiva es la de embobarse con cuanto se ve en Madrid; todo le admira, todo le sorprende; recorre las calles céntricas con paso mesurado, se para en los escaparates y dedica horas y horas á la contemplación de los géneros expuestos; antes de cruzar de una acera á otra, hace examen de conciencia, toma prudentes medidas, se encomienda al santo de su devoción y después de adoptar tantas precauciones, se decide... por dejarse atropellar por cualquier vehículo que le ataja en el camino.

¿Que á qué viene el *isidro* á la Corte?

Pues á ver el palacio real, la casa de fieras, el Retiro, el Banco, la Equitativa, la Puerta del

Sol, la bola del reloj oficial, la pradera del Santo á dejarse aquí algunas pesetas... y á que le den el timo de los perdigones!

¡Ah! Y á molestar á los amigos que por aquí nos ganamos el corrusco, llevándonos de guías á todas partes y haciéndonos perder el tiempo en enseñarles todo lo que no le importa.

Y ahí tienen ustedes explicado porque yo, refractario por temperamento á eso que llaman diversión, me veo todos los años obligado á concurrir á la pradera.

Mayo... los destemplados coros de niñas... la romería... los *isidros*... ¡horror!

¡Venga junio enhorabuena y aleje de mí este caliz de amargura!

Este mes es el de las flores, pero... ¡todas las rosas tienen espinas!

LUIS FALCATO

UNA BARBA, EN ARGEL Ó TRAS CUERNOS, PENITENCIA



—¡Por Aíá, que noj hay barbero como yo, en el mundo enterol!



—¡Me has rebanado el carrillol!
—¡Es un simple cañoncillo!



Huyendo de daños nuevos tira una cesta de huevos.



—¡Ahora soy yo el afeitado pues sin pagar se ha marchadol!



Por su atropello, resulta preso y condenado á multa.



Y en dura prisión medita:
—¡Cara salió la barbitál!



CATALINA Y PETRUCHIO, cuadro de Grandier



MI MADRE Y MI PATRIA

CONTRA el rigor de la existencia mía
rendido de luchar, ansí morir,
y mi madre llorando me decía:
—¡Para mí has de vivir!

Del deber al impulso yo partía
por la patria en peligro á combatir,
y severa mi madre repetía:
—¡Por ella has de morir!

JUAN LAPOLIDE

LAS SOMBRILLAS



Ese artefacto, tan popularizado en nuestros días, reconoce gloriosos orígenes y se remonta á la más lejana antigüedad, y no decimos á la noche de los tiempos porque, tratándose de sombrillas, no pueden tener estas, lógicamente, aplicación nocturna.

Consta por los frescos descubiertos en las sepulturas de Memfis y Tebas y por los bajorelieves exhumados de las ruinas de Ninive que los egipcios y los asirios tuvieron perfecto conocimiento de las sombrillas.

Sábase también, por las pinturas de los vasos etruscos, que en Etruria estaban acostumbrados al manejo de dichos objetos, y se sabe también, de ciencia cierta, que doscientos años antes de la Era Cristiana, los chinos usaban unas sombrillas muy elegantes y cómodas.

Entre los griegos, á lo que se desprende de las esculturas representando las procesiones de Baco,



1808 (de un grabado contemporáneo)



MAYO DE 1809 (de «La Belle Assemblée»)



1806 (de un grabado contemporáneo)

Ceres y Proserpina, la sombrilla era atributo de majestad; aquella bajo la cual se cobijaba Baco era de color, y las otras dos blancas, color que representaba ya entonces la pureza.

Heliogábalo elevó la sombrilla á la categoría de atributo de la suprema dignidad en el Estado; consérvanse algunos frescos en que el *Hijo del Sol* está representado bajo una sombrilla, sostenida por un esclavo, que le preserva el rostro, mientras otros dos esclavos, con sendos aparatos de igual modo, le resguardan las manos de las caricias de su ardoroso padre.

No estará demás decir que las sombrillas de los romanos eran parecidísimas á las que usan hoy los japoneses, sin que

haya derecho, sin embargo, á deducir de eso que los romanos recibiesen, como recibimos, hoy las modas del Catay.

En la India y la Persia las sombrillas eran emblema de soberanía; las destinadas á los reyes y príncipes estaban ricamente incrustadas de pedrería y guarnecidas de perlas, lentejuelas y filigranas de oro y plata.

Los Incas y gobernadores del Perú se honraban también con ese adminículo, y cada uno de los segundos llevaba como título principal el de *Señor de las Treinta y cuatro sombrillas*, como se dice entre moros un *Bajá de siete colas*.

Véanse en nuestros grabados las modas durante el Imperio y la Restauración.



JUNIO DE 1809 (de «La Belle Assemblée»)



JUNIO DE 1810 (de un grabado contemporáneo)



1809 (de «La Belle Assemblée»)



1825 (de «La Belle Assemblée»)



El ambiente asfixiante abofeteaba el rostro con oleadas de humo de incendio. Sonaban las guitarras con el tañido lúbrico de los tangos *jaleaos*, llenando la sala de incitantes notas de armonías *sui géneris* que iban á filtrarse en las venas de los concurrentes como gérmenes voluptuosos de arrolladores deseos. Las manos que palmoteaban con frenesí desbordado, y el choque de los bastones y el monótono taconeo acompañaban con ruido atronador el ritmo de la copla cadenciosa. Las copas, después de apuradas, se estrellaban contra las paredes, rompiéndose en mil pedazos que brillaban en el aire como fúlgidas iriscencias de una nube de brillantes de Golconda.

Allá en el fondo, sobre un tablado, una hembra de trapío desgarrante cantaba con voz aguardentosa los últimos *tientos*. Era hermosa; con esa hermosura descarada del vicio que enciende la sangre y enfria el corazón. Sus brillantinas trenzas de azabache caían en desorden encantador sobre el desnudo cuello de alabastro, sujetándose en la nuca tentadora con un lazo rojo salpicado de flores marchitas. Negros como el cabello eran sus ojos; que ya se cerraban con el perezooso parpadeo del sueño lascivo, ya se abrían desmesuradamente, mirando con el brutal apasionamiento de una bestia árabe. En su rostro moreno, ligeramente acarinado, sonreían con la sonrisa buscona de la Injuria dos labios rojos como una mancha de sangre. Un cuerpo modelado con arte arrebatador, de esbelto tallo y amplias caderas cimbreadoras, completaban el busto gitanamente coquetón de Lola la *Cantaora* cañí entre las hembras de empuje, encariñada y cobona cuanto un gachó terne, de pelo en pecho, le sabía robar con cariñosa gitanería, un cachito de corazón; de aquel corazón que le dió fama de bravía entre las hembras más castizas del barrio del Corchel.

Acabó la última copla y la *cantaora* bajó del tablado entre una salva de aplausos y *olé*s que ensordecían. Con aire olímpico de triunfadora matrona atravesó el café, apartando con estrépito, mesas y taburetes, y fué á sentarse en un rincón de la izquierda junto á un hombre joven, de aspecto simpático, y, al parecer, obrero. Lola le acarició el rostro con mimos de niña juguetera; él la cogió las manos de muñeca, apretándolas con cariño rabioso, mientras miraba el cielo de aquellos ojos, la gloria de aquellos labios, con pasión de ébrio...

—¿Cómo has *cambiado* tan pronto, hijo mío? ¡Has *estado* toda la noche bebiendo y cantando, y ahora te vienes con esa carita de fraile capuchino! ¿Qué tiene mi niño?

—Nada, Lolilla; que soy un loco *perdido*; me he *gastao* esta noche *to* el dinero de la semana...

En aquel instante se abrió violentamente la puerta del café, y entró una mujer del pueblo dirigiendo con ansia mortal los ojos llorosos á todas las mesas. Era joven, airosa, de rostro pálido, con esa palidez exagüe del sufrimiento y el hambre; sus labios, amoratados por el frío, temblaban.

Por fin, sus ojos espantados se detuvieron en el grupo de la *cantaora* y el obrero, prorrumpiendo en un grito de alegría que semejava un suspiro de dolor: —¡Vicente! —El obrero la miró con mirada hosca y... —¿Qué buscas aquí? —le preguntó con ira. La joven hundió la cabeza en el pecho y rompió en amargo sollozo...

—¡He pasado la noche llorando, esperándote con ansia. El niño se muere de hambre y de frío!...

Las dos mujeres se miraron frente á frente en un relámpago de cólera: Lolilla, sorprendida con el coraje de la fiera que le arrebatan la carne; la otra, con el odio de la esposa ultrajada que le roban el cariño y la vida de su hijo.

Vicente rompió la escena; levantóse con ademán brusco y empujó á su esposa, gritando como un energúmeno:

—¡Vete, vete!

La esposa gritaba con voz dolorida:

—¡Vicente, por Dios, mira que no tengo nada que darle al niño, mira que se va á morir!

—¡Pues llévelo usted á la Inclusa!—gritó la *cantaora*, soltando una carcajada burlesca.

Lo pobre mujer no pudo más; aquella lucha cruel rindió sus fuerzas, y salió del café, roja de vergüenza, herida de pena, temblando desesperadamente, huyendo como huye el tierno corderillo de la fiera dañina.

Por curiosidad, por instinto de simpatía, acaso, la seguí; me interesó aquella escena y quise conocer el desenlace.

La noche estaba oscura como las sombras espesas del abismo tenebroso. El viento helado del Guadarrama soplaba con mansedumbre hipocrita, como el traidor que acaricia con suavidad estudiada para herir después con el golpe certero que pulveriza.

A través de las calles desiertas caminábamos con paso indeciso como el desorientado vagabundo

que, farto de albergue, se abandona en brazos del destino caprichoso.

Llegamos á una esplanada arenosa, junto á las poéticas orillas del Manzanares. Las aguas plateadas del río se deslizaban tranquilas, interrumpiendo con su monótono canturreo el silencio me-

droso que reinaba en aquel sitio. La joven se acercó á la orilla y clavó los ojos en el bruido espejo de las aguas. Así pasó un rato, inmóvil, rígida, semejando una escultura con faldas y mantón de felpa.

Un cuarto de hora

después se oyó ruido de pasos, y la figura de un hombre embozado se

destacó en la sombra. Adelantóse rápidamente y paróse junto á la muchacha, mirándola con desearo insultante. Algo debió decirle que yo no pude oír; por que se volvió resuelta hacia el desconocido, moviendo negativamente la cabeza. El insistía con tesón, ella negaba con rabia. Así continuó el misterioso flirteo por espacio de diez minutos. Por fin, ella, hizo un movimiento decisivo y echó á andar con nerviosismo de histeria; el embozado la arrebuñó en su capa y se agarró de su brazo con el aire petulante del triunfador.

Al pasar junto á mí, oí la voz de ella, que decia temblando de angustia: —¡Sí, vamos; pero acabemos, pronto por que mi hijo se muere de hambre y de frio...!

JOSÉ PASTOR RUBIRA



Mensaje

Golondrina mensajera
que al llegar la primavera
vas á colocar ufana
tu nido de aventurera
encima de su ventana.
Dila, si la ves, que pia
se albergó en mi mente un día
una ilusión que hoy despidie

para siempre el alma mía
al decirme que la olvide.
Y pues no puedo negarla
por demasiado adorarla
to que sus labios me pidan,
dila que voy á olvidarla...
¡si es que los muertos olvidan!

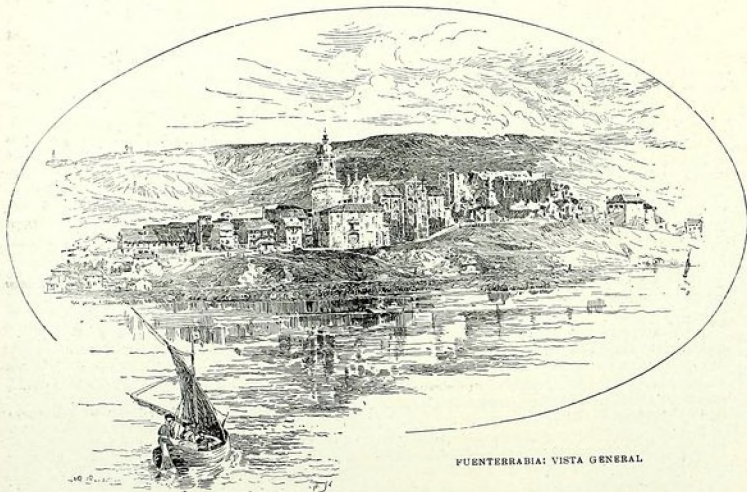
LUIS VÍOR PASCUAL

CIUDADES ESPAÑOLAS

La profunda revolución introducida en las comunicaciones gracias al ferrocarril, ha hecho que pudieran ser, y perdónese el vocablo, *re-descubiertas* no pocas poblaciones, dignas de la mayor atención por parte del aficionado á las artes y del entusiasta de la historia.

Una de esas poblaciones es la fronteriza plaza de Fuenterrabia, por largos siglos aislada del resto de la península, de tal manera que aun hoy constituye un ejemplar típico de lo que era una ciudad española en el siglo XVI.

Deriva su nombre del vascuence *Ondurrabia*, que significa *Vado de las arenas*, refiriéndose á los bancos del Bidasoa, que se cubren ó quedan al descubierto segun el flujo y el reflujo.



FUENTERRABIA: VISTA GENERAL

Hállase emplazada la ciudad sobre la orilla izquierda del mentado río, no lejos de su desembocadura en el golfo de Vizcaya y frente á frente de la villa francesa de Hendaya. Dista 16 kilómetros de San Sebastián. La población asciende á 4.500 habitantes.

Ocupa Fuenterrabia una pintoresca situación en la falda de un contrafuerte del Jaizquibel (583 metros de altitud) y rodéala un recinto de murallas aporilladas por el cañón francés, de igual manera que demolió el cañón español las fortificaciones fronterizas de Hendaya. La iglesia parroquial se distingue por lo maciza y está dominada por un bellissimo campanario. El castillo, construido en parte por Carlos V, está casi desmantelado, si bien ha sido habilitado en ocasiones para cuartel.

La ciudad ofrece hoy dos partes: la vieja y la nueva. Llama la atención en la primera la larga, estrecha y aseada *Calle Mayor* bordeada por muchos palacios sobre cuyas portadas se ostentan los blasones de sus antiguos dueños; esos palacios son notables por sus grandes balcones, sus miradores y el lujo que se observa en materia á hierros forjados, como rejas, barandales, etc.

La parte nueva está constituida por el arrabal de la Magdalena, extendido á lo largo de la playa; allí habitan los pescadores y marinos de la población, y se instalan en verano las casetas para los bañistas.

El puerto de Fuenterrabia hace algún comercio de cabotaje, sobre todo para alimentar las fundiciones del valle del Bidasoa.

Es digno de saberse que en el escudo de esta ciudad, lo mismo que en Motrico y Guetaria, campea una ballena, lo cual indica claramente que en otros siglos se dedicaban su naturales á la pesca de dicho cetáceo.

Con
los s
dore
albu

Has
sigui
El
Carlo
Ma
L. Ja
El
vens
El
por L
Ors
El
La
nio H
La
lio P
Una
ny.
Los
rique
El
lot.
Sol
La
Par
nistr
za de

C
es e
—N
com

For
mente
zarzu

OF
La
Paris
los cu
372.50
El s
ta es

RES

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 71.º de regalo, del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA AZUL

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinado del Puente Rojo, por Carlos Barabá.

Magdalena la Mendiga, por L. Jacolliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jacolliot.

Orso, por Enrique Syenkiewicz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.

Las lágrimas de Juana, por Arsenio Housaye.

La necesidad del crimen, por Julio Perrin.

Una orgía de sangre, por A. Vigny.

Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkiewicz.

El secreto terrible, por Adolfo Belot.

Solos, por Pedro Zaccane.

La Salamandra, por Eugenio Sué.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

..

Claro cual la luz del sol es el principio siguiente:
—No hay magnesia efervescente comparable al San-Imol.

TARJETA

Carmelo Ropebí

Formar con estas letras, debidamente combinadas, el título de una zarzuela en un acto.

A. CABAÑOVAS

ORQUESTA IMPORTANTE

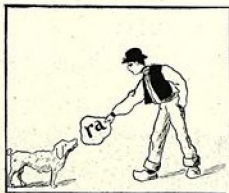
La orquesta de la Gran Opera de París se compone de 105 profesores, los cuales cobran al año la suma de 372.500 francos.

El sueldo del director de orquesta es de 1.100 francos al mes, y el

de los otros dos directores 500 al mes cada uno.

Entre los nueve principales cantantes de ópera, se distribuye al año la cantidad de francos 602.500, de los cuales Mad. Henglon recibe 8.000 francos al mes, y Mad. Braval, madame Ackte y M. Delmas, 7.000 francos cada uno.

JEROGLÍFICO, por Novejarque



Las soluciones en el próximo número

..

Una y dos y cuatro veces te lo he de repetir, no emplees más callicidea que el del gran LADIVONSIM.

Con profundo sentimiento hemos tenido noticia de haber fallecido en Arévalo el que fué nuestro distinguido colaborador D. Mamerto Pérez Serrano, (Q. E. P. D.) a cuya desconsolada familia enviamos nuestro más sentido pésame.

El Sr. Pérez Serrano era un verdadero poeta, que sabía encerrar en cortas líneas la expresión de hondas amarguras o de elevados pensamientos con una intención y una fuerza de todo punto personales.

CANTARES

Quisiera tener conmigo la llave de los misterios; para abrir tu corazón y saber quién, guardas dentro.

Si en el corazón podía leerse como en un libro: que cosillas aprenderías, en leyendo tú en el mío!

Por la eternidad pasé; y de tantos como vi: ¡ni un solo quehubo hallé, que se te igualara a tí!

A. BOADAS Y RIBOT

EPIGRAMAS

—Mal administrador tienes: procura cuidar de todo, que ese mismo, de tal modo administraba los bienes de cierto particular, que cuando cesó en su empeño de administrarlos, al dueño tuvieron que administrar.

Cierto baturro temiendo un engaño en la posada, pagó la cuenta riñendo creyéndola equivocada. Y cuando a su pueblo vino al otro día, el baturro, marchaba por el camino cuando cayó de su burro.

JOSÉ M. SOLÍS Y MONTORO

SOLUCION

a los pasatiempos del número anterior

Problema de ajedrez núm. 9.

R 2 A

(Si R 5 T) D 3 CD (mate).

(Si R 5 A ó P juega D 3 AD (mate).

Tarjeta. —María de los Angeles.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. B.—Valencia.—Dicho en prosa lo que usted escribe, no interesaría a la generalidad; en verso sería diferente, y para ello solo le falta la forma, pues el lenguaje es eminentemente poético, como el de las cartas a la novia.

J. P.—Cervera.—El epigrama no resulta.

A. B. R.—San Felu de Guixols.—Irán algunos cantares. El soneto no produce el efecto patético que a usted podría parecerle porque esas cosas no le importan sino al que pasan.

G. M.—Valencia.—El cuento es muy bello; gracias por el envío, y verá si se puede publicar pronto.

J. M. S. y M.—Madrid.—No hay un solo epigrama que deje de ser agudo ó chispeante. Van todos a las cajas.

S. F. y F.—Madrid.—No me gusta el asunto y el estilo resulta demasiado Pérez Escrich.

T. V. O.—Granada.—Su poesía es lindísima, y aparecerá como usted desea.

S. A.—Lérida.—Procuraré apresurar la publicación de sus originales, aunque no pocas veces no corresponden mis buenos deseos a las exigencias de la compaginación.

N. D.—Málaga.—Muchas gracias por los bellísimos trabajos que nos envía. Hablaré a quien corresponde a fin de lo que me dice.

J. P. del N. M.—Valencia.—Es imposible publicar su composición. Si esos son los primeros versos que usted escribe, creo haría usted bien renunciando a emular las glorias de Plutarco y Homero.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSÉRTESE O NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

TURQUIA EUROPEA



CABALLERÍA DE LÍNEA: SOLDADO